

Mayra Montero obtuvo el XXII premio con *Púrpura profundo* nueve años más tarde. Este libro, desde mi perspectiva, resulta especialmente atractivo a la hora de intentar delimitar rasgos propios de la ficción erótica femenina, pues lleva al extremo el juego con la tradición masculina, a la que «pervierte» a partir de una estilización aparentemente fiel.

Porque en las sabrosas memorias que Agustín Cabán, crítico de música clásica de un periódico de San Juan de Puerto Rico, escribe para compensar el vacío de la jubilación, Montero retoma todos los *topoi* a los que nos ha acostumbrado, a lo largo de los siglos y en manos masculinas, la narrativa erótica. En efecto, desde la forma memorística —que por cierto nos remite intertextualmente tanto al libro de Casanova como a las diversas «memorias» que prodigó el siglo XIX, atribuidas de princesas rusas a prostitutas vienesas inventadas por escritores— hasta la pintura de las sucesivas mujeres con quienes tiene encuentros sexuales el protagonista y que responden a «arquetipos femeninos» de la narrativa masculina, el libro es un divertido guiño al *connaisseur* de narrativa erótica.

Sin embargo, debajo de su aspecto de obediente estilización, la novela demuestra ser una astuta «perversión» de la tradición a la que se remite, a partir de las sutiles modificaciones que incluye la autora a la hora de abordar las relaciones homosexuales masculinas, el sadomasoquismo y el tipo de mujer de quien se enamora el protagonista, entre otros aspectos. A partir de ellas, en mi opinión, se abre la perspectiva específicamente «de mujer» que percibo en este libro, como lo señalaré a continuación.

En la narrativa escrita por hombres heterosexuales, las relaciones homosexuales casi infaliblemente se han restringido a la homosexualidad femenina, con escasos ejemplos de relaciones entre hombres, sobre todo enfocadas como una alternativa válida respecto de las mujeres. En rigor, dicha variante ha quedado casi sin excepciones confinada a la narrativa erótica gay, como si los heterosexuales sintieran una especie de «incomodidad» ante el tema. Detrás de ella, uno como lectora no ha podido dejar de sospechar una actitud simultáneamente temerosa y machista, tipo: «Ojo, lectores, no se vayan a creer que soy marica». Por el contrario, en *Púrpura profundo* una de las relaciones más fulgurantes —y que más entusiasmo a Sebastián, el jefe de la sección de Espectáculos a quien Agustín convierte en lector privilegiado de sus memorias— es la que une durante tres días al protagonista con el pianista Clint Verret. A través de ella no sólo ninguno de los dos reniega de

su condición masculina, sino que, por el contrario, más allá de la mujer que comparte parcialmente su tarde de amor, el crítico y el músico se encuentran sexualmente desde su respectivo lugar de hombres.

Tal planteo, en mi opinión, revela una perspectiva femenina, en tanto las narradoras mujeres se han movido con mayor soltura y desprejuicio ante la homosexualidad. Y no porque se trate, como en este caso, de relaciones homoeróticas masculinas, ya que las narradoras mujeres, además de éstas, han abordado relaciones homosexuales femeninas, sólo que sin ese temor machista de que las «confundan» con lesbianas. Al darle este tratamiento divergente, lo que Montero logra es hacernos ver, por oposición, los prejuicios machistas que han marcado a la narrativa erótica masculina.

Una nueva vuelta de tuerca respecto de lo genérico nos la depara la única relación sadomasoquista de toda la novela, que une a Agustín con la violinista Manuela Suggia. Aquí se invierte la tradición inaugurada por Sade en cuanto al ejercicio de la crueldad por parte de los respectivos sexos, en la que mayoritariamente son mujeres las sometidas contra su voluntad a atrocidades (¡por una Juliette, cuántas Justines encontramos en los libros del Marqués!). En efecto, aquí es la mujer quien exige al protagonista que le haga cosas aberrantes y destructivas —que culminan con un espeluznante *fist fucking*—, que por cierto él realiza, pero que literalmente lo enferman y casi enloquecen.

Al igual que en el caso anterior, Montero realiza un desafío al canon —en este caso doble, pues apunta tanto a los arquetipos machistas de violencia viril como a la marca sádica de la sexualidad moderna—, mostrando a un varón que repudia la brutalidad sexual y en el cual el placer se impone al «goce». Frente a esto, la imagen femenina también aparece como desfondamiento de los estereotipos, tanto machistas como correspondientes a cierto tipo de feminismo unilateral. Así, aunque se presenta a Manuela fuera del papel de víctima —*topos* machista—, no se reivindica su sadomasoquismo como una demostración de poder —*topos* de formas unilaterales del feminismo—, sino como un rasgo fatal, más allá de toda evaluación vinculada con los géneros sexuales.

Por fin, al seleccionar como la mujer de quien se enamora el protagonista —al punto de estar por abandonar a su esposa— a Virginia Tuten, la violinista mulata que, entre él y su secretaria Wendolyn, termina optando por ésta, la autora le da un golpe de gracia decisivo a la tradición de donjuanismo triunfal de los memorialistas, quienes difícilmente sean reemplazados por otra mujer por sus ocasionales amantes.

Podría agregar el ejemplo del humor con el cual se presenta la desopilante «relación» de la trompetista Clarissa Berdsley con su murciélagu (¡!) y otros desvíos igualmente significativos, pero creo que con lo señalado basta para afirmar que *Púrpura profundo* realiza una revisitación que es, a la vez, una deconstrucción de la narrativa erótica masculina desde la perspectiva de una mujer. Este quiebre de los estereotipos le da mucho más atractivo a la novela, la cual, además de narrar, reflexiona metaliterariamente sobre su propia materia: los prejuicios que el género socialmente constituido ha impuesto tanto a hombres como a mujeres en el plano de la sexualidad.

Es decir que, si bien no se puede hablar de una «narrativa erótica femenina» —como no se puede hablar de una «escritura femenina» que englobe todas las prácticas literarias de las mujeres—, sí es posible captar formas de divergencia que apuntan sutilmente a liberarnos a hombres y mujeres de los arquetipos oprimentes creados por esa «ilusión» social que es el género sexual<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Ana María Fernández: *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Paidós, Buenos Aires, 1994.

